

rios, se había disipado poco á poco el pesimismo fijo de la mañana, y en la Faustin ya no había más que una actriz entregada por completo á la representación de la noche, y tan ajena al acontecimiento de la víspera, que durante el cuarto de hora que le quedaba antes de la comida, se la habría sorprendido jugando una partida de *bezigue* con Lucy, en aquel mismo salón que la había visto muriendo de vergüenza y de pena el mismo día.

En medio de la partida, que jugaba todavía con los cabellos cogidos de cualquier modo, le anunciaron á la anciana duquesa de Taillebourg, una de las fanáticas de la Faustin, que para atraerla suerte á su representación de la noche le llevaba un pedacito de una antigua reliquia de familia, al mismo tiempo que un bote de rojo de á noventa y seis libras, de la viuda Martín, encontrado en un armario que no había sido abierto después de la primera revolución.

La actriz, acometida entonces de una especie de alegría clownesca y relinchante, lanzándose de la mesa de juego, saltó con un *houp* á la Auriol, casi por encima de Luzy; luego, llegada á la puerta del gran salón, antes de abrirla, la variable y cambiante mujer se volvió con un gran aire de dignidad, diciendo: «¡Ahora le toca el turno á la princesa!»

A las cuatro la Faustin comía, hacía la

ligera colación que tenía la costumbre de tomar los días que representaba: un huevo en un *consommé*, una docena de ostras de Ostende y una fruta.

—¡Oh! Esto es bien inútil—se decía terminada la comida, después de haberse calentado al fuego de la chimenea, un momento, las manos, aquellas manos, que eran de hielo hacía tres ó cuatro días—estaré así hasta que concluya el primer acto... entonces tendré demasiado calor.

A las cinco subía al carruaje para dar su paseo de una hora por los Campos Elíseos, ese paseo en conversación consigo misma en el crepúsculo, y en el que había encontrado algunos de sus más felices efectos escénicos.

A las seis entraba en el Teatro Francés, de la misma manera que lo hacía en el Odeón, para tener ante sí dos horas de ensayo con el apuntador en su cuarto.

Pero al cabo de un cuarto de hora de trabajo se echaba en el sofá buscando, en una inmovilidad con los ojos cerrados que casi asustaba, un reposo del ser que le permitiera trabajar en seguida con todos sus *medios dramáticos*.

XVI

«Plaza, plaza... dejadme pasar, hijos míos.»

Era la Faustin, que, estremeciéndose toda entre bastidores, baluceaba muchas veces esta frase, separando con sus manos tendidas el vacío delante de sí, y mucho antes de que Enona hubiera terminado la tirada que dirige á Hipólito.

Pero hela en escena, bajo aquellos velos demasiado pesados para su debilidad. Se deja caer de lado sobre el asiento antiguo, y dirige sus adioses de moribunda al sol, una mano alzada con esfuerzo por encima de sus ojos, como para defenderlos de su brillo deslumbrante, un brazo caído al lado, perfilada en las hermosas líneas de una postración augusta.

Estalla una salva de aplausos.

Entonces la reina enamorada, con esa voz que ataca la fibra y que el siglo pasado llamaba voz interesante, comienza el relato de su llama secreta por el hijo de Teseo, y, á cada verso que dice, siente, poco á poco, disiparse esa atmósfera de separación que en los estrenos, al alzarse el telón, existe entre el público y el actor, esa falta de contacto casi intraducible y comparable á la superposición de gasas transparentes echadas entre ellos, y que el éxito disipa, barre, una á una, á medida que avanza la obra.

Y el abatimiento de la hija de la carne, encorvada bajo la cólera de Venus, y el loco desorden, y la inquieta turbación, y

el furioso arrebato, y su tierna confesión amorosa: todos estos movimientos y estas peripecias del alma de Fedra, los traduce la Faustin y da al público la emoción de ellos por las modulaciones más conmovedoras, por las transiciones más ligeras, por los matices más sabios, por todos los recursos y las finuras del arte dramático y por el empleo del *medium*, del lleno de su voz sobre una nota baja, y por la conducción, á través de una sucesión de tonos graves y conmovedores, de tiradas que acaba y destaca con un rasgo de fuerza. Unid á este arte de la dicción gestos blandos ó fieros, un juego mudo que habla mejor que las palabras, suspensiones inesperadas, una fisonomía concentrada, dolorosa, que toma por momentos aspecto le-tárgico.

Y cuando la Faustin llega al fin de la estrofa «Mi mal viene de más lejos...», aquello es más que bravos, es el susurro aprobador de una sala ganada, conquistada.

Concluido el acto, la Faustin cafa pasmada en el sillón que tenía costumbre de hacer bajar al escenario para tomar en él aliento un momento, y se podía ver en su cuello, en sus hombros, un trabajo que removía los nervios, semejante al que les viene después de un violento ejercicio físico.

Al cabo de algunos minutos, la trágica subía á su cuarto apoyada en Guenegaud.

Guenegaud era el perro y la sombra de la Faustin en el teatro. Presente siempre, en todas las representaciones y todo el tiempo, no perdía de vista á su ama un minuto, protegiéndola con los ojos, gozando, en una caja de bastidores, de la admiración de los maquinistas entusiastas, á quienes sentía ganas de abrazar, y eternamente á su lado, presta á darle un frasco de sales, á echarle un abrigo sobre los hombros, á rodearle los pies con una piel. Llegada al cuarto de la actriz, Guenegaud sacaba del bolsillo una botella vieja de jarabe de Flon, llena de caldo frío; le hacía beber siquiera un trago, y en seguida volvía á guardarse la botella en el bolsillo. Porque nunca abandonaba esta botella. La mujer del pueblo tenía la noción vaga de que una trágica de tiempos pasados llamada la Lecouvreur había sido envenenada, y su imaginación, trabajando mucho tiempo sobre esta historia, que conocía muy imperfectamente, dejó en su cerebro, limitado y fanatizado, la idea fija de que rivales, celosas del talento de su ama, querían desembarazarse de ella por el veneno.

Pocas visitas entre el primero y el segundo acto, y visitas que no daban á la Faustin la nota exacta de su éxito, no la sacaban de la perplejidad de la actriz durante el entreacto, y que, en medio de su trabajo, no se da cuenta sino muy vaga-

mente lo que pasaba en la sala. E interrogaba ansiosamente á las gentes amables y vanas que acudían á presentarle cumplimientos vulgares, mientras que se mordiscaba la lengua con el objeto de hacer volver la saliva á su boca seca.

Representaba el segundo acto, el acto decisivo para la consagración de su talento, y esta vez, apenas había subido á su cuarto, se abrió la puerta y, presentado por Luzy, entraba como un loco un hombrecillo de rasgos nerviosos, de ojos de llama, con paletó-saco. Era el gran escultor moderno, el que, el primero, ha conseguido dar á la piedra, al mármol, al bronce, la vida nerviosa de la carne. Llegaba con un entusiasmo febril, y, desbordando una admiración que se expresaba en frases casi brutales, venía á pedir á la actriz hacer con ella una estatua de la tragedia. Y, sin inquietarse de los demás que estaban allí, la obligaba á tomar una postura que había tenido un momento, levantándola familiarmente de su sillón, arreglando casi á la fuerza, sobre ella, su túnica. Y repetía, retrocediendo algunos pasos y pisando á los que estaban detrás de él: «¡Soberbio... esto será soberbio...!» El escultor era seguido de nombres ilustres, de celebridades en todos géneros, de viejos abonados del teatro, de *dilettanti* dramáticos, de apreciadores y de jueces delicados que llegaban á confir-

mar á la actriz en la certeza de su triunfo.

En un momento, las cajas de bombones, traídos por los admiradores de la trágica, fueron en tan gran número, que servían de banquillos á las mujeres que habían podido sentarse en el cuarto.

En el tercer acto comenzaba á descender sobre la mujer de Teseo una grandiosa tristeza, un sombrío y amoroso apetito de la muerte; sus manos sobre ella, en gestos casi más vivos, daban á sus velos los pliegues de un sudario, y la trágica aparecía á la sala, que se estremecía y conmovía profundamente, bella con la belleza fúnebre de una Venus sepulcral.

Al salir de escena, la Faustin se encontró con Ragache que venía á darle cuenta de lo que decían en los corredores, las disposiciones secretas de la prensa respecto de ella, las conversaciones de los periodistas sorprendidas á la puerta de sus palcos.

«Teo no encontraba ningún talento á Racine; pero á ella le encontraba inspiración... y estaba decidido, á despecho del clasicismo infecto de su ministro, á no hablar en su folletín ni una palabra del poeta *Luis catorceno*, y á hablar sólo de ella. Saint-Víctor, ella había debido entreverlo... no había dado sus cabezadas... esto era un buen presagio... por lo demás, él siempre la había tratado bien. En cuanto al crítico Fulano, llevaba por casualidad un chaleco

blanco limpio... y él, Ragache, había hecho la observación de que la limpieza lo disponía á la bondad... Por su parte, el crítico Machin estaba entusiasmado... El crítico del monóculo no estaba... pero había enviado á su querida para que le contara la representación... y Georgina la había dado su palabrade que sería favorable á la actriz... El crítico de la *Francia liberal* se daba perfectamente cuenta de que no se le leía... y estaba en el momento en que hay necesidad de inventar á alguien... y ella era la que iba á ser inventada por él... Villemessant había dicho que en esa cosa fastidiosa que se llama una tragedia, ella le había hecho el efecto de ser menos fastidiosa que las demás trágicas... Tendría de su parte todos los pequeños periódicos... con seguridad. No había dudoso más que el viejo Janin, poseedor de una fiera gota y á quien había encontrado con la pierna estirada sobre una banquetta, con botines de paño y con puños de punto rojo... y que sufría endiabladamente... y que se había quejado en medio de ayes de que le había faltado ternura amorosa en el segundo acto... Este haría reservas, pero en el fondo, podía estar segura de que la prensa le sería favorable.»

La trágica era aplaudida estrepitosamente en el cuarto acto; y cuando cayó el telón después del quinto, en medio de una

calurosa aclamación, toda la sala pedía á la Faustin.

Después de la llamada, agarrándose al brazo de Guenegaud, que la mano de la trágica magullaba de manera á hacerle gritar, la Faustin, llegada al tocador de su cuarto, caía en su silloncito de pintarse, estiradas y rígidas las piernas en una especie de estado cataléptico. Completamente muda, no contestaba al susto y á las palabras de la anciana que quería ir á buscar al médico del teatro, sino por movimientos negativos de cabeza, y por la aproximación de una mano que tocaba su boca y su cuello, con un gesto que indicaba que los nervios que sirven para la emisión de la voz los tenía de tal modo contraídos en aquel momento, que le era imposible hablar.

Estuvo así cerca de tres cuartos de hora, al cabo de los cuales, después de un largo suspiro en el que parecía aflojarse y desatarse su ser, pudo pronunciar algunas palabras.

Entonces pasó al saloncito de su cuarto, atestado de gente, desde donde se veía, por la puerta abierta, prolongarse en el corredor una cola como la que se forma en la puerta de una sacristía después de una gran boda. E inmediatamente avalanchas de mujeres enloquecidas, aplastando á los hombres á su paso, se precipitaron en los brazos de la Faustin, acometidas de la efu-

sión nerviosa que originan en todos y en todas las batallas del teatro. Y aquello eran caricias emocionadas, abrazos que no acababan nunca, un delirio de ternura en el que, bien pronto, lo mismo los hombres que las mujeres, besaban á la Fedra, de colorete mal secado, y cuyo cuerpo de delgado serafín, perdido en los pliegues de un manto oscuro, echado sobre ella rápidamente, iba á la derecha, á la izquierda, entre los brazos que la oprimían, así como un cuerpo sin huesos, y con la ondulación flotante de un pingajo sacudido por el viento— y esto mientras que la atriz repetía, en un tono de enternecimiento, atontada, y con rostro que mostraba á la vez felicidad y extravío: «¡Ah, hijos míos; ah, hijos míos!»

Luego se deslizaba poco á poco el pueblo de los felicitantes, y ya no quedaban en su cuarto más que los hombres á quienes la atriz había rogado que se quedasen para cenar.

La Faustin se sentía con ganas de andar, de «respirar la calle» como ella decía. Y se iban á pie, en patulea, y atravesaban la calle de San Honorato, por entre los pequeños grupos que hablaban, á la puerta de los cafés que se estaban cerrando, de la representación de la noche, y de los caales salían, por aquí y por allá: «¡Mira, la Faustin!», y se iban en alegre banda con la ruidosa alegría de gentes que se preparan á

divertirse hasta el amanecer, y los más jóvenes entablaban diálogos ingeniosos con los cocheros que pasaban, y que continuaban hasta que volvían las esquinas.

XVII

Los invitados de la Faustin estaban reunidos en el gran salón del hotelito de la calle Godot de Mauroi, esperando á la trágica que cambiaba de traje.

Vefase allí la sociedad abigarrada de las cenas de las grandes primeras representaciones, donde se codean literatos, pintores, sabios, hombres políticos, generales, médicos, ilustraciones de todas clases, entre los cuales se encuentran siempre intrusos, no se sabe cómo, y por invitación de no se sabe quién, desconocidos, anónimos, gentes que llevan barbas, ó alfileres de corbatas, ó pantalones á la cosaca, ó condecoraciones extranjeras que despiertan la curiosidad, y cuyo nombre se pregunta al oído en la mesa inútilmente toda la noche. Algunos grupos hablaban de asuntos vagos, sin animación y con frases cortadas por pausas muy largas; hombres aislados se iban por los rincones á mirar interminablemente los *bibelots*, con aspecto aburrido; y apoyado en un mueble, á luz de una lámpara que había detrás de él, un *reporter* escribía,

con lápiz, una crónica de la representación en papeles de fumar.

La Faustin hizo su entrada con su traje de cena. Llevaba una especie de bata peinador de raso crema, con adornos de terciopelo del mismo tono, y guarnecidos de viejo argentan, y sobre los cuales había bordadas tuberosas formadas con perlas de color. Por sus cabellos corría un follaje de verde metálico, de verde de alas de cantárida. Y en aquel traje de encendida claridad, y en medio del centelleo y de la riqueza de aquellas flores de pedrería extravagantes, lo que asomaba del pecho de la mujer en el estrecho cuadrado de su escote, tenía la blancura del blanco que florece en la sombra de una cueva; y los reflejos cambiantes de verde luz eléctrica que proyectaba el follaje de su cabellera á cada movimiento de su cabeza, ponían en lo alto de su rostro, algo extraño, lindamente fantástico, y daban á sus ojos ojerosos y sonrientes algo de la mirada de un demonio angélico.

Al entrar, prodújose un movimiento de admiración amorosa en todo el salón, y la Faustin todavía febril de la representación, en medio del círculo que se formó alrededor suyo, y dando furibundas pataditas á su cola, se puso á hablar, singularmente nerviosa, de todos los incidentes de la noche, del efecto que le había malogrado una réplica dada demasiado pronto, de la

falta de inteligencia del jefe de la *claque*, de sus *toseadores* del Odeón que la habían seguido á la Comedia Francesa; recriminaciones en las cuales su voz enronquecida volvía á encontrar acentos, estallidos, pequeños gritos estridentes. Luego, al oír la frase del *maitre d'hotel*. «La señora está servida», tomó bruscamente el brazo de un joven desconocido, cuyas palabras escuchaba, hacía algunos instantes, con singular atención, y abriendo la marcha, dijo volviendo la cabeza:—«Señores, nada de ceremonias, á sentarse donde se quiera... como se pueda.» La Faustin se sentó en el centro de la mesa, su hermana en frente de ella.

Hubo al principio ese recogimiento de los que tienen hambre, en un comedor perfumado con el olor de los cangrejos y de las trufas, delante de una mesa con mantel adamascado, con maciza vajilla de plata, con tallada cristalería, con canastillas de flores exóticas, iluminada con la luz de las cenas de otros tiempos, la blanca iluminación de las bujías en los candelabros, en lo alto de una araña de lágrimas centelleantes, y bajo un techo y entre paredes cubiertas de claras tapicerías, que mostraban, como si volaran en una niebla de aurora, rosadas desnudeces de diosas del Olimpo.

Al silencio sucedió el estrépito, la confu-

sión de las primeras palabras, y que dominó esta frase:

— ¡Una cena con bujías, bravo!... Si las mujeres supieran que linda hacen su piel las bujías, mañana ya no había un aparato de gas, ni una lámpara en ningún comedor de París.

La Faustin decía al joven que había hecho sentar á su derecha:

— ¡Oh, qué voz tan vibrante tiene V., caballero! No, no se puede formar V. una idea de la seducción de la voz sobre mi persona... esto va más allá de mi oído. Hable V. un poco para que yo le oiga... Sí, hay en V. algo de la voz de Delaunay, con algo que impresiona más los nervios... ¡Ah, en ciertos días, estoy segura de que me haría V. llorar en seguida!

Y la artista, inclinada hacia él, lo escuchaba muy de cerca, así como os aproximáis á un instrumento que os conmueve el alma.

— Eso es muy encantador, completamente encantador—repetía la Faustin en un éxtasis sonriente, inclinada la cabeza de lado, y mirando, por decirlo así, cómo salían de su boca las palabras.— Verdaderamente, caballero, V. debía venir todos los días á pasar algunas horas conmigo... Oírle hablar... oírle leer... sería una verdadera fiesta. Hay notas en su voz... es particular... notas que tienen á la vez del

sollozó y de la risa... ¡Ah! Una declaración suya debe ser muy peligrosa, caballero...

Y se echó á reír con coquetería.

Luego, cortando su risa, la Faustin dijo á la mesa:

—Señores, recomiendo á Vds. este pescado... es un *sterlet* del Volga... Un regalo de un amigo de allá, y que me lo ha enviado eterizado, sí, eterizado. A lo que parece, insensibilizado de este modo no muere del todo, y este es el medio de poder enviarlo casi fresco al fin del mundo.

Después, la Faustin volvía á su vecino; y volvía con esas ternuras de un lado del cuerpo, con la curva de sus líneas atractivas, que habéis podido observar todos los días, en una comida ó en una cena, en una mujer colocada junto á un hombre que le gusta. En ese cuerpo, uno de cuyos lados—el lado de junto al vecino indiferente—aparece pesado, inerte y como anquilosado, hay en el otro lado como una trepidación de gracias, un ir y venir de zalamerías y de caricias de músculos á distancia, un desprendimiento de átomos galantes muy divertido. La mujer no está, por decirlo así, animada de una vida viviente más que de este lado, y no hay estremecimiento más que en el hombro que toca á este vecino, palpitación más que en el seno que él tiene bajo los ojos. Ondulación serpenti-

na más que en el miembro y la carne en contacto con los effluvios del ser que agrada.

Buena-Alma, en aquel medio de un nivel superior á sus relaciones, afectaba corrección, *comme il faut*. Hablaba largamente de las tapicerías que estaba haciendo para la iglesia de la aldea donde Carsonac tenía una casa de campo.

Carsonac, también poco en su medio, y muy oscurecido en aquella casa, y que se encontraba al lado de un bromista, hablaba á éste seriamente de lo que le fastidiaba Balzac, del limitado horizonte en que lo encerraba, de las trabas que ponía al desarrollo de su teatro, de los perpetuos encuentros que á cada momento le hacían rechazar escenas mejor construidas que las de Balzac. A lo que el otro respondía con un « ¡Te creo! » que hacía preguntarse al autor del boulevard, sin poder darse cuenta de ello, si aquello era familiaridad algo vinosa ó ironía.

.....
—Bueno, dígalo V.: un alma y cabellos, pero eso ha pasado ya de moda, ese es el tipo de la mujer de sociedad de 1830; las mujeres de sociedad de hoy...

—Las mujeres de sociedad, las mujeres de sociedad de ahora—exclamó el primer interlocutor, un ilustre escritor—mujeres flacas, con tan poco cuerpo, tan poco sitio

en ellas para los ejercicios del amor, mujeres de tez de clorosis y de mala enfermedad, y de labios y ojos mal pintados, seres de apariencia fantástica y malsana, á los que no se pide más que una cara espiritual, mordacidad, malicia. Ciertamente, no es esta la belleza de los *cursos de dibujo* para las escuelas primarias, pero, hay que decirlo, en el estado de podredumbre pasional á que ha llegado el hombre del siglo XIX, este tipo es endiabladamente excitante.

—¡A la calle el mal educado!— dijo la Faustin con una entonación llena de caricias.

—¿Habré dicho algo inconveniente?— dijo con la mayor ingenuidad el elocuente rabelesiano.

Tomó la palabra un hombre de Estado, que se advertía que era hombre favorecido por las mujeres, un hombre de cara muy joven bajo cabellos blancos:

—Sí, señores, podéis indignaros cuanto queráis y permitiros con las masas todos los artículos posibles sobre la moralidad... En un Estado, es necesario un poco de libertinaje; dulcifica las costumbres, hace humana la sociedad, afina y perfecciona á los hombres. Todos los grandes hombres de todos los tiempos, han sido libertinos...

«¡Oh!... ¡Oh!»

—Mira—murmuró al oído de su vecino,

un convidado de cara de muñeco de un rosa sucio y que parecía una cabeza de apóstol, esculpida en un rábano marchito: —Mira, este gobierno son los inválidos de todos los la Palferina.

Y el fin del discurso del hombre de Estado se perdía en un tiroteo de cortas respuestas, que partían de la derecha y de la izquierda como pistoletazos.

—Es inteligente ese revistero dramático... tiene la estética de un lampista de teatro.

—Esa actriz es distinguida... se diría que es la vivandera de una banda de faunos.

—¡Que no ama á esa muchacha!... ¡Le ha dado últimamente diez mil francos para decidirla á purgarse... y no llama V. á esto amor, y del más caro!

—¡No me hable V. de él, es el imbécil de ideas superiores, de miras trascendentales!

Así es París; la loreta, cuyo precio es de veinticinco luises, cuesta un napoleón á un miembro del Jockey, y el criado de mil doscientos francos, M. de la Rochefoucauld lo tiene, si quiere, por trescientos.

—Le asombra á V. esa protección enorme de la música por el Estado, y la cosa es muy sencilla: todos los banqueros judíos son melómanos.

—¡Un hombre de ideas liberales y que

EL NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

lleva traje de corte eclesiástico!... Regla general: hay que desconfiar de él.

—¡Oh, es una parlanchina insoportable!... ¡En fin, es una mujer que dice que no comprende más que á los Eginetas, y que declara que Succia le es simpática, porque es un país *inocente!*

—Te digo que ese financiero es una moneda de cien sueldos sobre un cuello postizo.

—Dispense V.; — era Blancheron el que tomaba la palabra.—Habla V. de un hombre muy fuerte. ¿Verdad que yo no paso por un tonto en negocios de Bolsa? Pues he aquí lo que me ha sucedido. Un día, al salir de mi casa, dejó caer del bolsillo, seguramente con intención, una orden de compra muy importante. Pues bien, señores, sabedlo, ni siquiera me atrevi á jugar en contra.

En aquel momento notó la Faustin que su vecino de la derecha colocaba con el mayor cuidado las espinas de su pescado sobre el mantel, al lado del plato.

Esta observación le hizo asomar á la cara el disgusto infantil de una niña á la que se ha cogido con una caja de bombones vacía.

No contestó ya apenas más que por monosílabos, y la elasticidad y la amabilidad de líneas de su cuerpo se retiraron poco á poco del lado del joven de las espi-

nas, y por imperceptibles vueltas, por insensibles aproximaciones, un medio cambio de frente hábilmente ejecutado, pasaron al lado de su vecino de la izquierda.

Era éste un filósofo, hombre de mundo, que profesaba lo bello, lo bueno, lo honrado, para el uso de las grandes señoras de la sociedad, una especie de director laico del siglo XIX, que daba á sus clientes Platón en lugar del Evangelio, escogía sus lanas para tapicerías, les enviaba la chismografía de París cuando estaban en verano en el campo, ó en invierno en Niza, y hasta, si había necesidad, las acompañaba cuando estaban recién paridas, leyéndoles algo de *La Ciudad de Dios* de San Agustín.

Guapo, á la manera de un guapo sustituto, y dotado de gracias algo profesoras, era la coqueluche de las mujeres, todas dispuestas á disputarse los chalecos de franela empapados en la elocuencia de sus conferencias.

Y aquí el filósofo, tan pronto como sintió á la dueña de la casa acercarse á su persona, á hacerle la corte, con ojos ardientes que exploraban su escote, cumplimientos melifluos, y esas grandes admiraciones con las cuales los universitarios galantes asesinan con su amor á las mujeres:

—Pero, ¿no come V. nada, absolutamente nada?

—¡Oh! Los días de primera representación

no tengo más que sed... además, estas cosas que exigen una fea masticación... No encuentro muy bonita para una mujer la operación de comer carne...

—¿Tendría V. acaso la ambición de alimentarse de sublimados de carne?... Mire V., precisamente tiene aquí, en su mesa, una especie de dios casero, un descomponedor de cuerpos simples... pídale V. la receta.

—¡Es curioso!—dijo el químico que había oído parte del diálogo.—No es una mujer quien tuvo la primera idea de esta elegancia, es un hombre, un sabio, un canónigo de Nuestra Señora. El buen hombre, disgustado por el tiempo que necesitaba consagrar á la comida, al mismo tiempo que sintiendo alguna repugnancia por la materialidad de la cosa, se hizo hacer sublimados de carne, de los que se alimentaba, bajo una forma inmaterial, con algunas gotas contenidas en un frasquito de perfumes. Pero después de dos ó tres años de este régimen, nuestro canónigo tuvo un encogimiento del estómago del cual estuvo á punto de morir. Es muy grosero, pero para nosotros simples mortales, hombres ó mujeres, hay que confesarlo, la ambrosía no vale nada, y el mejor sublimado de carne es este pavo trufado.

—A propósito de pavo trufado—dijo un comensal—¿saben Vds. cuáles fueron las

tres únicas veces, durante su vida, que lloró Rossini? Esto es auténtico, lo he leído en una carta del maestro á Cherubini: el día en que su primera ópera fué silbada; el día en que oyó por primera vez á Paganini tocar el violín; y el día en que, en un paseo por el lago de Guarda, dejó caer al agua un pavo trufado que tenía entre sus brazos.

—Es graciosa la historia, y puesto que la conversación es sobre la alimentación ¿quieren Vds. que yo les cuente una—próximamente igual—sobre la alimentación celeste del conde Marcellus? El gran señor católico no comulgaba en su castillo sino con hostias selladas con sus armas. Un día el celebrante notó con terror que estaba agotada toda la provisión de las hostias blasonadas; sin embargo, se arriesgó á tender una hostia plebeya á la noble boca devota, excusándose con esta frase: «¡Para honra de la olla, señor conde!»

El filósofo seguía desplegando sus seducciones de profesor y desarrollando su retórica amorosa con la Faustin, que, en vena de coquetería á todo trance, lo dejaba ir, casi lo alentaba. En esta primera victoria tuvo él la idea de asegurar su triunfo, usando con la trágica un recurso de su repertorio que había inventado para el gobierno y la sujeción de la mujer, recurso muy ingenioso, pero que empleaba de una manera muy general y sin un conociemien-

to bastante profundo de los seres femeninos á quienes se dirigía.

Miró un momento á su vecina con ojos profundos, y le dijo:

—En su belleza hay un carácter de inteligencia muy particular... ¡Oh, soy buen juez en estas materias... un carácter que denota aptitudes literarias... el talento de la trágica es cosa aparte, no hablemos de ello... pero excita en estado latente otro talento en V.... V. debiera escribir, escribir lo que pasa ante sus ojos... pruebe... yo la aconsejaré... yo la guiaré... ¡Si supiera V. las cosas encantadoras que hacen, gracias á mi dirección amistosa, algunas mujeres de la sociedad!...

La Faustin se sonrió. Conocía desgraciadamente la *combinación* que le había sido contriada por una joven, á quien el filósofo se había ofrecido, no hacía quince días, como *consejero* de su prosa, y la trágica se encontró horriblemente lastimada de ser tratada como cualquiera inocente, como cualquiera boba.

—Gracias por mí, caballero... ¿Y no ha pedido V. privilegio de invención por ese hallazgo?... Pero eso es una captación de genio... prometer de ese modo á jóvenes burguesas, y en seguida, la pluma de Jorge Sand... ¿Verdad que abandonan en seguida su puchero, su marido, sus hijos?... ¿Y á cuánto asciende su clase de V.?

Y durante algún tiempo, sin descanso y sin piedad, la Faustin atormentó al filósofo con su ironía maligna, casi feroz.

El vecino de la derecha de la Faustin había tomado su partido ante la deserción de las buenas gracias galantes de la dueña de la casa. Había comido mucho y bebido aún más, y aparecía en un estado de embriaguez sonriente, inclinada la cabeza, un mechón de sus cabellos despeinados sobre la frente, y pasándose á cada minuto por la barba negra la mano blanca, mientras que tarareaba por lo bajo una cancioncilla de su provincia natal.

Hubo un momento en que, contoneándose, se acercó á la Faustin y moduló:

—Querida señora, al principio de la cena me habló V. del placer que tendría en oirme hablar, en oirme leer... un paréntesis... tengo un padre horriblemente intermitente como cajero en estos momentos... pues bien, ¿si V. quiere darse ese placer, todos los días, durante algunas horas... á razón de quinientos francos al mes?...

—Otro día volveremos á hablar de su proposición, caballero.

Y el joven se puso otra vez imperturbablemente á acariciarse la barba y á tararear su cancioncilla.

Entonces la Faustin comenzó á abanicarse el pecho con el encaje de su corpiño, agitándolo con las dos manos. Y echada

hacia atrás y recostada en la silla, asomaba á su cara una consternación casi risible, una consternación mezclada de desdén, de repugnancia, casi de odio por las personas y las palabras de sus dos vecinos. Y su mirada daba vuelta á la mesa, yendo de un rostro á otro, con una súplica que decía cándidamente: «¿No habrá uno que tenga piedad de mí, que me libre de estos hombres que me aburren?» Después, entrada de pronto en una perfecta inmovilidad, mientras que sus uñas agatizadas se paseaban sobre la blancura de su garganta, las indignaciones de su fastidio se traducían físicamente por involuntarios ligeros estremecimientos de su carne.

Se había acabado el ingenio, las frases, los asaltos de palabra, la gracia de las ideas; y en las voces bajadas y en la ascensión de los espíritus la conversación general moría, degeneraba en *apartes*, en que cada cual, viniendo á sus ocupaciones, á sus trabajos, á sus pensamientos, agraciaba á su parte de mesa con la encantadora expansión y la alta borrachera de grandes cerebros, al fin de una comida rociada con buen vino.

—Se debería enseñar á todos las maravillosas cualidades de la materia llevada al *summum* de su utilización—decía un convidado inclinado sobre su vecino, dando

vueltas entre los dedos á un tapón de botella.

—Sí, la glorificación de la materia: he ahí un hermoso libro que debería V. hacer.

—De buena gana, pero no puedo... no tengo la combinación escrita... En la conversación me ocurre á veces que doy su noción; pero al día siguiente, en frío, con la pluma en la mano... nada...

.....
—La lengua francesa—decía un escritor extranjero, un gigante de dulce rostro—la lengua francesa me hace el efecto de una especie de instrumento, en el que los inventores hubieran buscado cándidamente la claridad, la lógica, lo aproximado de la definición, y sucede que á la hora actual este instrumento está manejado por las gentes más nerviosas, las más sensitivas, las más rebuscadoras de la notación de las sensaciones indescriptibles, las menos susceptibles de satisfacerse con lo aproximado de sus antecesores.

.....
—Ahora es una rareza, la sangre apenas se encuentra.—Era un fisiólogo de hermosa cabeza pensativa y un poco espectral el que hablaba.—Ya no se sangra nada. En mi tiempo había sangre á cubos en los hospitales. Ultimamente la he necesitado para mi curso, y no he podido conseguirla. Y sin ese viejo médico, ya saben Vds., el

que asiste á mis lecciones, no la habría tenido. Es un antiguo discípulo de Broussais, continúa la tradición, y se pincha la vena en seguida. Hace poco me decía: «Yo me sangro todos los días y riego mis flores con mi sangre...» Es positivo que el método para curar ó matar á las gentes cambia por completo cada veinte años.

.....
 Un periodista, de faz jordanesca en una carne espesa y verrugosa, de palabra de alsaciano, premiosa y balbuciente y que salía como por eructos, decía: «La Saint-Barthelemy mató á Francia; si Francia se hubiera hecho protestante, habría sido para siempre la gran nación de Europa... Mirad, en los países protestantes existe una gradación de escalones entre la filosofía de las clases superiores y el libre examen de las clases inferiores; en Francia, entre el escepticismo de arriba y la idolatría de abajo, hay un abismo... ¡Y antes de poco veréis lo que este abismo trae!

.....
 —¡El Egipto, el Egipto!—repetía al oído de su vecino, un artista en pintura y en estilo, por el momento ausente de la cena.—Estoy perseguido por la idea fija de lanzar algunas páginas sobre ese país... una tierra turbosa, un suelo como caoutchouc, en el que no se oyen los pasos. Ustedes no conocen más que el Oriente claro

y despejado... Allí en todos los términos hay velos de imperceptibles vapores, que se hacen más intensos á medida que los términos son más lejanos... y en la gris evaporación, figuras negras ó azules... es muy raro encontrar una nota roja... ¡Ah, qué hermoso tono hace en aquella luz la cotonada azul!... Yo veo todas aquellas figuras con una luz en la frente y en la clavícula.

E hizo el gesto de poner en el vacío, sobre un lienzo, dos toquécitos.

—Sí, se necesita una gran potencia de luminosidad para hacer color en aquellos medios de terrenos y de cielos neutros... y además una vegetación que brota de un limo bituminoso, que tiene verdores como en ninguna parte. No, yo no he encontrado en pintura el modo de copiar eso.

Y mientras hablaba del húmedo país lejano, lo blanco de sus ojos febriles se agrandaban de un modo extraño. Continuaba:

—¡Y las noches de allá! ¿eh, Jorge?—dijo á un convidado del extremo de la mesa.—¿Te acuerdas de las noches que hemos pasado junto á un pilón en aquel recinto ocupado por un cordelero! ¡Ah, quierro escribir cualquier cosa para volver á darme la sensación de aquellas horas!

Y el pintor escritor volvía á caer en una absorción, en la cual ya no llegaba á sus oídos el ruido de la mesa.

.....

—La ciencia pura, la ciencia buenamente abstracta, la ciencia despreciadora del industrialismo—exclamaba el químico—es cosa de las sociedades aristocráticas. Los Estados Unidos no se ocupan y no se apoderan de nuestros descubrimientos sino, relativamente, á la aplicación; lo mismo sucede en Italia, donde los sabios desinteresados pertenecen á la vieja generación de los sabios... En este siglo del dinero ya no hay reclutamiento para las carreras de gloria, señores. Lo que sucede en esos países cuando los instintos de un joven son demasiado científicos, es que toma una carrera que satisface á medias sus gustos y su deseo de enriquecimiento. Se hace ingeniero de ferrocarriles, director de una fundición, director de una fábrica de productos químicos. Y esto comienza á suceder ya en Francia, donde la Escuela Politécnica ya no hace sabios.

.....

—No sabré dar á V. una idea de aquel ruido blando—decía un joven general—y, sin embargo, me vuelve algunas veces á los oídos... Estábamos tan juntos, tan apretados unos contra otros al dar el asalto de Malakoff... que, mire V., yo oía las balas entrar en el cuerpo de los que estaban á mi lado, con el ruido de piedras lanzadas en la greda, y cuando las balas encontraban un hueso, aquello crujía como un ár-

bol que se raja por la helada. ¡Ah, es un ruido horrible!

.....

—¡Oh, sí!—dejaba caer frase á frase, y como en un sueño, el hombre de imaginación de la ciencia.—Todavía una decena de millones de años, todo lo más, con combustible y una temperatura posible sobre la superficie de la tierra. Al cabo de ese tiempo, ni madera, ni carbón de piedra, y un período glacial. Entonces el resto de la humanidad que no se haya helado se verá obligada á meterse bajo tierra, á instalarse en las galerías de las minas. Se alimentarán de *blanco* de hongo... y como es necesario siempre para la adoración del hombre un dios de luz, el hombre subterráneo adorará el gas de los pantanos, llamado por otro nombre el fuego *grison*.

—Pero, diga V., esa vida sobre sí mismo y sin la distracción del sol desarrollará acaso una terrible potencia metafísica—dijo muy seriamente el vecino del sabio, que tenía sus gruesas manos eclesiásticamente cruzadas sobre la servilleta, colocada contra su estómago.

—Señores—dijo de pronto la Faustin—hay aquí cierto vino, un vino del Cabo, embarcado en un barco holandés que naufragó en la playa de Schewningue... hace más de cien años... y que se acaba de encontrar en sus barricas, incrustadas de con-

chas, al retirar el cargamento del fondo del mar... Un vino que cuesta á doscientos francos la botella... En esto reconocerán Vds. una galantería del señor Blancheron... ¿Es acaso este el momento de beberlo?

—¡Y de beberlo á la salud de Fedra!— exclamó á una voz toda la mesa.

Escanciado el vino, levantáronse todos los convidados, y entre el choque de las copas fué aclamada la trágica á los gritos de «¡Viva Fedra! ¡Viva la Faustin!»

En el desorden de aquel brindis en pie, mientras que el joven de la voz musical decía en voz alta «¡Calle, tiene gracia! ¡A fuerza de haber buscado aplomo he perdido el equilibrio!», las dos hermanas se habían reunido, y Buena-Alma decía al oído á la trágica:

—Un momento; yo habría apostado cinco luises por el vecinito.

—¡Ah! Una música muy linda si se le pudiera quitar el hombre... ¿Lo has traído tú?

—No... ¿Y el otro?

—El otro... un verdadero tarro de miel... de miel rancia.

—Y ahora—exclamó la Faustin, pasando completamente sola al salón—ahora una orgía de Beethoven. Que jueguen, que canten, que bailen. Yo quiero Beethoven hasta el día. ¡Mis nervios de esta noche lo necesitan!

XVIII

Al día siguiente de la primera representación de *Fedra* y de aquella cena que había casi durado hasta el día, la Faustin se levantó, presa de una de esas negras tristezas, de una de esas aficciones sin causa y sin razón que siguen á los grandes gastos de fluido nervioso en la emoción, en la alegría, en el placer nervioso.

Almorzó sin abrir los periódicos de la mañana, que daban cuenta de la representación de la víspera.

Disgustábale su casa, disgustábale salir, y temía la visita de los que más quería. Al despertarse se había notado una especie de desprendimiento desazonado y descorazonado de todo lo que más le interesaba los demás días. Y aquella indolente renuncia de su ser á una voluntad, á un deseo, á un capricho, y aquella falta de apetito de todo, se traducían en una sensación particular, propia para el aburrimiento negro, intenso, de *spleen*; todo lo veía gris: veía el cielo, su habitación, á Guenegaud misma con un aspecto de desvanecimiento de los colores de la vida, y con algo en la visión parecido á lo que ocurre en los ojos de una mujer que pasa de un salón de baile brillantemente iluminado á una antecámara con las luces de los quinqués bajas. Y la triste de-

solación de aquel día siguiente no era la nube que pone en la frente de la mujer una contrariedad de la vida y que se disipa con un poco de verbosidad batalladora, sino un sombrío y momentáneo desencanto de la existencia, el repliegue de cansancio de una criatura sobre sí misma, con ese compás de espera del trabajo sonriente del cerebro y de la formación continua de proyectos y de castillos en el aire, que no cesa más que con esa especie de aburrimiento y con el sentimiento de la muerte.

La Faustin volvió á subir á su cuarto y se sentó junto á la chimenea con el vacío en su mirada incierta y que no se fijaba en nada.

Lanzó dos ó tres veces alrededor ojeadas de esas que van de derecha á izquierda por la alfombra, como llamadas por una apariencia de cosa que no existe; se levantó, fué á su cama, y con gestos lentos, casi inconscientes, se puso á levantar la cubierta y comenzó á desnudarse.

Ya medio desnuda, llamó á Guenegaud y le dijo:

—Cierra las maderas, tráeme una lámpara encendida... y no estoy para nadie.

—¿Está enferma la señora?

—No, pero encuentro el día aburrido.

Casi desnuda entró en uno de los guardarropas de la alcoba, en medio de sus camisas de dormir, eligió un libro entre siete

ú ocho que había mezclados con la ropa y con saquitos de iris, y lo puso bajo la almohada.

En seguida, acurrucada frioleramente entre las sábanas, en el bienestar del calor que comenzaba, en medio de aquella noche ficticia iluminada por una lámpara con pantalla, el rostro de la Faustin se destacó con un toquecito cuadrado de viva luz en la frente, con una línea de luz húmeda en el borde del párpado inferior, y que ponía un brillo mojado en lo bajo de la pupila, con una cedilla de luz en el pliegue de la boca, en el hoyuelo de la sonrisa, y todo el resto de la cara en una penumbra acariciada, en las delicadas redondeces, por reflejos errantes.

En los malos tiempos de vuestra vida, y para escapar á las horas enemigas de un día, ¿no habéis jamás pensado en alejaros, en ausentáros de la existencia, durante esas horas, por la lectura de una obra de una imaginación desarreglada, loca, insensata, y esto en el medio algo alucinatorio de la cama y de la oscuridad? Pues bien; esto fué el expediente encontrado por la Faustin.

Volvióse de cara á la pared, presentando á la lámpara la sinuosa línea ondulante de sus hombros arropados y los ricillos de su nuca encrespados detrás de ella sobre la sábana, y se puso á leer, sosteniendo con una

mano bajo la nariz el libro en cuyas páginas daba de lleno la luz.

Aquellas páginas transportaban el espíritu de la mujer á un mundo extraño, un mundo de paisajes de una grandeza aterradora, de profundidades de espacios inconmensurables, de extensiones infinitas de aguas que se pierden de vista, de claridades de planetas incendiados, de arquitecturas de sueño, de incesante desfile de miriadas de humanos en procesión eterna, de perspectivas interminables de mujeres vestidas con trajes de Oriente, sentadas en divanes de nubes.

Y en el recogimiento de la alcoba, cerrada como por la noche, y en el tibio entorpecimiento de un ligero sudor, y entre la vaga vida del lecho, la Faustin sentía, por decirlo así, la aproximación de las cosas leídas, así como una visión.

Y en aquellas páginas sobrenaturales, todo el pasado que resucitaba sin orden y al azar, toda la historia de la humanidad trastornada y como sacudida en un kaleidóscopo, caía alrededor de ella en bruscos y mágicos cuadros, á cada momento trastornados por cambios y cruces de decoraciones y de tiempos. Encontrábase en medio de la corte de Carlos I, y de repente el baile, la música, las damas adornadas se desvanecían, después de una palmada dada por dos manos que no pertenecían á nadie,

ante la entrada del cónsul Paulo-Emilio, rodeado de una cohorte de centuriones romanos que llevaban la túnica escarlata en la punta de una lanza, y aclamado en las lontananzas con el *hurra* de las legiones romanas. Vagaba en el pánico de una derrota de ejército moderno, rodeada del patear de millares de fugitivos invisibles, y veía siluetas de altas mujeres trágicas que se decían, oprimiéndose las manos: «¡Adiós para siempre!» y desaparecían con un suspiro sollozante á la palabra *La Muerte*, caída de labios de una pálida Proserpina, en una apoteosis cárdena. Y el eco repetía por espacio de mucho tiempo: «¡Adiós para siempre, adiós para siempre!»

En lo que leía la trágica, había muchas cosas que no comprendía, muchas cosas de que su falta completa de instrucción no le daba la clave; pero en el fondo, aquel libro era para ella lo que es un cuento de hadas para una niña cuya débil inteligencia no alcanza más que lo maravilloso de lo impreso.

Y á medida que la Faustin leía el *Comedor de opio*, las embriagueces de imaginación de Quincey se apoderaban de ella, la arrebatában, por una serie de intensas sensaciones cerebrales, á la realidad de la vida, al aburrimiento del día, al estado enfermizo de sus nervios.